EDICION DE LA TARDE. LUNES 17 DE JULIO DE 1854. AÑO SESTO. — NUM. 1,629.

LA ÉPOCA.

DIARIO CONSTITUCIONAL DE ESPAÑA.

LA ÉPOCA con la BIBLIOTECA de historia y de novela DOCE reales al mes.

LA ÉPOCA sin ocho reales mensuales. El único punto de suscricion son las oficinas del periódico, calle de las TORRES, núm. 11.

Los anuncios se reciben únicamente en la Comision Central, Príncipe, 14, bajo de la derecha.

Las suscriciones y anuncios estranjeros se admiten por la casa de Savadra y Riberolles en Paris, núm. 15, rue d'Hauteville, y en Lóndres, en Moorgate Street, núm. 55.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.

LA ÉPOCA con la BIBLIOTECA de obras históricas y novelas, CINCUENTA reales el TRIMESTRE, dirigiendo libranza al administrador de LA ÉPOCA, y SESENTA reales haciendo la suscricion en casa de los comisionados.

LA ÉPOCA sin obras CUARENTA reales el trimestre, dirigiendo libranza al administrador, y CINCUENTA haciendo el abono en poder de los comisionados.

Las suscriciones por año disfrutan grandes regalos en libros. Dirigir toda reclamacion en carta franca al administrador de LA ÉPOCA.

GUILLERMO TELL,

ESTUDIO HISTÓRICO POR LAMARTINE.

AÑO DE 1307 DE JESUCRISTO.

(*Conclusion.*)

TELL *deja caer la ballesta.* Veo los objetos como si diesen vuelta alrededor mio.

WALTHER. ¡Dios de bondad!

TELL (*al gobernador*). Líbrame de esta angustia. Tomad mi corbata y decid á vuestros soldados que me maten. (*Presenta su pecho.*)

GESSLER. No quiero tu vida, sino que dispares. Todo lo puede Tell, y nada te asusta: manejas el remo como la ballesta, y no te intimida la tempestad si tienes que salvar á alguien: pues bien, libertador, sálvate á ti mismo, como salvas á los demas. (*Tell siente una agitacion profunda y le tiemblan las manos. Unas veces vuelve sus ojos al gobernador, y otras al cielo. De repente toma de su carcaj una segunda flecha, y se la guarda en el pecho. El gobernador observa todos sus movimientos.*)

WALTHER (*debajo del árbol*). Dispara, padre mio, que no tengo miedo.

TELL. Es preciso. (*Reune sus fuerzas y se prepara á tirar.*)

RUDENS, *que hasta entonces se habia estado violentado, se acerca.* Señor gobernador, espero que no llevéis la cosa mas lejos. Eso ha sido una prueba, y ya habeis conseguido vuestro objeto. Cuando el rigor es escesivo deja de ser conforme con la prudencia, y la cuerda que se estira demasiado, se rompe.

GESSLER. Callad hasta que os pregunten.

RUDENS. Hablaré porque debo hacerlo, y el honor del emperador es para mí sagrado. Semejante conducta atraeria el odio universal, y me atrevo á afirmar que no es esa la voluntad del emperador. Mis conciudadanos no merecen semejante crueldad, y vuestro poder no se estiende á tanto.

GESSLER. ¿Qué es eso? ¿Os atreveis?...

RUDENS. He guardado silencio por largo tiempo, no obstante las infames escenas que he presenciado: he contenido dentro del pecho la indignacion que me sublevaba el corazon; pero callar por mas tiempo seria hacer traicion á mi patria y á mi honra.

BERTHA, (*arrojándose entre él y el gobernador*). ¡Dios mio! Veo que irritais mas á ese furioso.

RUDENS. He abandonado á mis conciudadanos, he renunciado á mi familia, y he roto todos los vínculos de la naturaleza por seguros, creyendo obrar con acierto al robustecer aqui el poder del emperador. La venda cae de mis ojos, y me veo con espanto arrastrado á un abismo. Habeis estraviado mi lealtad imprevisora, y engañado mi corazon lleno de confianza. Con la voluntad mejor del mundo perdia á mis compatriotas.

GESSLER. ¡Temerario! ¿Osas hablar así á tu señor?

RUDENS. Mi señor es el emperador y no vos. He nacido libre como vos, soy vuestro igual en todo, y si no estuviérais aquí, en nombre del emperador á quien venero, aun cuando de esa manera abusais de vuestro poder, arrojaria mi guante á vuestra presencia y con arreglo á la ley de caballeros, me daríais una satisfaccion. ¡Oh! Haced seña á vuestros soldados que yo no estoy mas armado como el pueblo: tengo una espada y el que se me acerque...

STAUFFACHER, *gritando.* ¡Ha caido la manzana! (*Mientras que todos fijaban su atencion en el gobernador y Rudens, disparó Tell su flecha.*)

EL CURA. ¡El niño vive!

MUCHAS VOCES. ¡Dejó caer la manzana! (*Walther Furst siente desvanecerse y Bertha le sostiene.*)

GESSLER, *admirado.* ¡Ha disparado ese demonio!

BERTHA. El niño vive: volved en vos, buen padre.

WALTHER, *acudiendo presuroso con la manzana en la mano.* Padre mio, aquí está la manzana: bien sabia yo que no harias mal á tu hijo. (*Tell, despues de disparar, permanece con el cuerpo inclinado como si quisiera seguir la flecha. Deja caer la ballesta, y cuando ve volver á su hijo, se adelanta hácia él con los brazos abiertos, y le estrecha contra su corazon. Entonces le abandonan las fuerzas y siente desvanecerse. Todos le contemplan con emocion.*)

BERTHA. ¡Bondad divina!

WALTHER FURST. ¡Hijos mios! ¡Hijos mios!

STAUFFACHER. ¡Bendito sea el Señor!

LEUTHOLD. Ha sido un disparo memorable, del que se hablará en los tiempos mas remotos.

RODOLFO. Se hablará del arquero Tell en tanto que las montañas permanezcan sobre su base.

GESSLER. La manzana está atravesada por su mitad. Ha sido un golpe maestro, es preciso hacerle justicia.

EL CURA. ¡El golpe ha sido feliz, pero desgraciado del que le obligó á tentar á la Providencia!

STAUFFACHER. Sosiégate, Tell; te has portado con valor, y puedes volver libre á tu casa.

EL CURA. Márchate, y devuelve ese hijo á su madre. (*Tratan de llevarse á Tell.*)

GESSLER. Tell, escucha.

TELL, (*volviéndose*). ¿Qué mandais, señor?

GESSLER. He visto que ocultaste en tu pecho una segunda flecha. ¿Qué querias hacer con ella?

TELL, (*cortado*). Señor, es la costumbre de los cazadores.

GESSLER. No, Tell, no acepto tu respuesta: alguna otra idea tenias. Dime la verdad libre y francamente. Cualquiera que sea, te prometo dejarte la vida. ¿A qué destinabas tu segunda flecha?

TELL. Una vez, señor, que me asegurais la vida, os diré toda la verdad. (*Saca la flecha del pecho y la enseña al gobernador con una mirada terrible.*) Si hubiese herido á mi querido hijo, os hubiera atravesado con esta segunda flecha, y de seguro no habria errado este golpe.

GESSLER. Bien, Tell: te he dado mi palabra de caballero de conservarte la vida y la cumpliré; pero conociendo tus malas intenciones, quiero ponerte en un sitio donde no veas jamás el sol ni la luna. Así estarás libre de tus flechas. Apoderaos de él y atadle. (*Sujetan á Tell.*)

STAUFFACHER. Señor, ¿y así tratais á un hombre á quien protege Dios de un modo tan visible?

GESSLER. Veremos si Dios le libra por segunda vez. Llevadle á una barca y yo mismo le conduciré á Kussnacht.

EL CURA. No hareis semejante cosa, porque ni el emperador mismo se atreveria á hacerla: eso es contrario á nuestras cartas de franquicia.

GESSLER. ¿Y dónde están esas cartas? ¿Las ha confirmado acaso el emperador? Con vuestra obediencia es como obtendreis ese favor. Sois rebeldes contra la justicia del emperador, y fraguais proyectos atrevidos de rebelion. Hoy me apodero de ese hombre entre vosotros, pero todos sois tan culpables como él. El que sea cuerdo aprenda á callar y obedecer. (*Gessler se aleja seguido de Bertha, Rudens, Rodolfo y hombres armados. Se quedan Friesshard y Leuthold.*)

WALTHER FURST, *con un dolor violento.* ¡Se marcha! Ese hombre ha resuelto perderme con toda mi familia.

STAUFFACHER, *á Tell.* ¡Oh! ¿Por qué has avivado la cólera de esa fiera?

TELL. ¿Y acaso es dueño uno de sí, cuando sufre un dolor semejante?

STAUFFACHER. No hay remedio: todos quedamos esclavizados contigo. (*Todos los aldeanos rodean á Tell.*) Contigo se nos va nuestra última esperanza.

LEUTHOLD, *acercándose.* Tell, compadezco de suerte, y sin embargo, tengo que obedecer.

TELL. Adios.

WALTHER, *abrazando á Tell con desesperacion.* ¡Padre mio! ¡Padre mio querido!

TELL, *levantando al cielo sus ojos.* Allí está tu padre: invócale con fervor.

STAUFFACHER. Tell, ¿no he de decir nada á tu mujer de tu parte?

TELL, *abrazando á su hijo con ternura.* El hijo está sano y salvo. Dios me protejerá. (*Se aleja y sigue á la gente del gobernador.*)

XIV.

Dejemos la poesía y volvamos á la tradicion; esa otra poesía de la verdad.

Gessler, dueño de Guillermo Tell, pero temeroso de que una insurreccion promovida por el ejemplo de aquel héroe de los aldeanos de Uri, le arrebatase su prisionero, resolvió trasportarle en aquella misma noche á una fortaleza perteneciente al emperador, á Kussnacht, en el pico del monte Rigi. Para ir á Kussnacht era preciso cruzar el lago. No queriendo Gessler confiar á nadie la custodia del rebelde reservado á un castigo ejemplar, se embarcó en Fluelen, pequeño puerto de pescadores en la orilla occidental del lago de los Cuatro Cantones. Algunos remeros, unos cuantos guardias y un piloto inesperto componian toda la tripulacion. Guillermo Tell, aherrojado con cadenas, fue arrojado á sus piés como una vil carga en el fondo de la barca. Desplegóse la vela y la navegacion fue feliz hasta llegar á la mitad de la travesía. Allí ya se velaron las estrellas, las olas se encresparon, un viento, cuyo ruido y peso se asemejaba al del alud, cayó mas bien que sopló del San Gothardo por la embocadura del Reuss, y la vela, cargada de viento, hizo inclinar la barca y estalló con el ruido del trueno.

En vano se esforzaban los remeros por acercarse á una ensenada al pie del Rigi, á fin de buscar en ella abrigo; rechazados al medio del lago por las olas alborotadas, pasan de abismo en abismo sin poder encontrar una ruta en aquellos líquidos valles. Fue preciso al fin ceder al huracan que los estuvo empujando de una á otra orilla durante una larga noche.

—Solo hay un hombre en Suiza que pueda salvarnos, esclamaron los remeros.—¿Quién es? dijo Gessler.—Guillermo Tell, respondieron los aldeanos de Uri.—Cortad las cuerdas que le sujetan, repuso el gobernador: su vida responde de la nuestra: confiadle el timon. Cortaron las cuerdas que sujetaban al hábil piloto, y Tell, dirigiendo el timon, luchó como si domara las olas, con la tempestad. Acercóse á la costa de Altorf, cuyas rocas cortadas á pico, se oian resonar á cada embestida de las olas á través de las tinieblas y del humo del lago. Buscaba una ensenada de él solo conocida. Allí se deprimian las rocas formando una escotadura en la costa y permitian amarrar un esquife en tiempo de bonanza. Dirigíale el ruido de las olas contra las paredes de la costa.

De repente hizo virar la popa de la barca hácia un monte de espuma que al deshacerse dejó en descubierto un escollo por el que se precipitaba agua corriente, y saltando de un brinco desde la barca á tierra, empujó con el pie la popa hácia las olas. Estas la recogieron, la alejaron, la sumergieron y la elevaron alternativamente como un juguete sobre sus colinas. Antes de que los remeros de Gessler reconocieran á los primeros albores de la mañana, la costa de Altorf y la ensenada de Fluelen, Tell, poniéndose en salvo, habia subido las colinas de Altorf, llamado á la puerta de su casa, abrazado á su mujer y á su hijo y recobrado su ballesta y sus flechas.

XV.

Entretanto el gobernador, que desembarcó tambien hácia el mediodía, envió un mensajero á Altorf en busca de sus escuderos, caballos y guardias. Despues que se le reunió su escolta, se internó por un camino sombrío en seguimiento de Guillermo Tell, jurando en alta voz que si el fugitivo no se entregaba él mismo, cada dia que pasara, le habia de costar la cabeza de su mujer ó de uno de sus hijos.

Un hombre pedia por las hojas de los árboles del bosque, oia aquellas crueles amenazas: silbó una flecha á través de las ramas y cayó Gessler de su caballo, atravesado el corazon, sin tener tiempo para acabar el juramento que hacia al crimen. Levantáronle cadáver.

Nadie vió al arquero, el cual habia herido como la venganza divina, sin mostrarse de otra manera que por el golpe.

Ora fuese que Tell, aun cuando solo lanzara la flecha para salvar á su mujer y á sus hijos, sobre quienes se hallaba suspendida la muerte, se avergonzara de haber herido, mas bien como asesino que como combatiente, ó que no quisiera recoger la gloria de un acto que tenia la apariencia de un crimen, ó que en efecto partiera la flecha de distinta mano que la suya, ello es que jamás se atribuyó el asesinato de Gessler, relegando el crimen ó la gloria, al misterio. Contentóse con recobrar su mujer y sus hijos, dejando á otros el honor de reconquistar la libertad política de su pais, salvado ó vengado por su flecha, sin haber fomentado por su parte otra rebelion que la rebelion de la naturaleza. Esa rebelion, mas legítima y santa que el hecho, fue la que le constituyó, á pesar suyo, en el héroe de la Suiza. Una mujer, Lucrecia, habia libertado á Roma; un padre, Guillermo Tell, libertó á la Helvecia.

XVI.

Ese último atentado de Gessler contra los sentimientos de padre, ese drama de la manzana, ese suplicio moral de un padre; ese asesinato execrable del hijo por la mano del que le diera el ser, si esa mano hubiese temblado; esas angustias y esos gritos de horror de todas las madres; por último, esa inmolacion del tirano salvado en un principio por su víctima y herido luego en su impaciencia de nuevos crímenes por una mano invisible, hicieron fermentar instantáneamente la conspiracion fraguada por los conjurados del Grutli para dar libertad á sus montañas. El aldeano tenia un cómplice en cada aldeano; todos se entendian sin pregustarse, contaban unos con otros sin prestarse otro juramento que el de la mirada, el de la fisonomía, el de estrecharse las manos. El alma de Tell en el momento en que tendia este su arco, vacilando entre la manzana colocada sobre la frente de su hijo y el corazon de Gessler, habia pasado á la Suiza entera.

El 31 de diciembre, los tres jefes de la conjuracion del Grutli levantaron sus banderas y llamaron á sus compatriotas á las armas. La bandera de Uri representaba una cabeza de buey con los pedazos de yugo roto pendientes sobre el cuello; la de Schwytz una cruz, doble símbolo de suplicio y redencion; la de Underwald dos llaves, las llaves del apóstol San Pedro, que iban á abrirles las puertas de hierro de su anterior esclavitud.

A media noche Stauffacher, seguido de la juventud de Uri, subió en silencio las escarpas del castillo de Romberg, una de las fortalezas de Austria. Todo dormia en la fortificada de los tiranos, á escepcion del amor y el patriotismo. Una muchacha, de la raza de los siervos, que servia, á pesar suyo, en el castillo del señor, estaba para casarse con uno de los conjurados. Avisada por este del dia y la hora, le arrojó en el fondo del precipicio una cuerda llena de nudos, sujeta por un estremo á los hierros de su ventana. Introducido de esa manera el jóven con veinte compañeros suyos en el castillo, sorprendió á la guarnicion alemana dormida, la desarmó, y la encerró en la cárcel de la fortaleza. Los vencedores dejaron ondear, como estratagema, la bandera de Austria sobre los baluartes, y atraidos al dia siguiente por el engaño varios señores que huian de la rebelion de la campiña, fueron detenidos como rehenes de los aldeanos.

Estos, con armas ocultas bajo sus vestidos, se presentaron en Sarnem cargados de corderos, cabritos, gamos y gallinas, como si llevaran al señor los votos y tributos del primer dia de año. El señor que salia hácia la iglesia de Sarnem, les saludó al pasar y les dijo que esperaran á que volviera. Apenas pasó el rastrillo, lo bajaron los aldeanos, sacaron sus armas ocultas entre sus ofrendas, se apoderaron de la guarnicion, y haciendo resonar desde la torre el cuerno de buey de las montañas, llamaron al pueblo á la libertad.

Durante esas sorpresas y asaltos de los compañeros de Stauffacher, Walther Furst y Guillermo Tell escalaban el castillo de Uri, reputado como inespugnable, Melchtal y sus héroes se apoderaban de las demas fortalezas. Por la noche, las hogueras encendidas por los vencedores en todos los baluartes conquistados, trasmitian de cima en cima y de ola en ola el primer resplandor de la independencia helvética que ocho siglos no habian de bastar á estinguirlo. Esa fecha se confundia con el nombre de Tell, que habia sido, si no el fundador, al menos la ocasion de la libertad de su pais. Felices los hombres cuyos nombres son fechas semejantes que llegan á designar su pueblo. La posteridad no les pide ya su título á la gloria, sino que los confunde con la grandeza, la virtud, la eternidad de su raza y los bendice en los últimos descendientes suyos.

XVII.

Así ha sucedido con ese pobre aldeano llamado Guillermo Tell. Su simplicidad guarda admirable analogía con el pueblo sencillo y pastoril que celebra para siempre su nombre y su aventura en sus tradiciones. Su imágen, la de su mujer y de sus hijos se asocian agradablemente á los paisajes imponentes, rústicos y risueños de la Helvecia, esa Arcadia moderna. Cada vez que el viajero los visita; que aparecen á sus ojos en el firmamento las cimas inaccesibles del monte blanco de San Gotardo, del Rigi, como la bandera tejida por la mano de la libertad; cada vez que el lago de los Cuatro Cantones muestra una barca vacilante sobre la cima azul de sus olas, que la cascada se desmenuza en polvo desde lo alto del Splugben y se quiebra contra las rocas, como la tiranía contra los pechos libres; cada vez que las ruinas de una fortaleza austriaca oscurece con las cortinas de sus murallas un promontorio de Uri ó de Glaris, y que un rayo de sol puro dora en la pendiente de una aldea el verde terciopelo de una...

FOLLETIN. 8

EL SALTEADOR,

POR

MR. ALEJANDRO DUMAS.

(APROBADO POR EL CENSOR.)

VI.

(CONTINUACION.)

—Me atrás como á un esclavo moro á mí? dijo el anciano. Y á esta amenaza que sublevaba en él todo el torrente de su orgullo, intentó y verificó un movimiento á la vez tan rápido, que hizo rodar á tres pasos de él al bandido que le tenia puesta la rodilla sobre el pecho, y se levantó amenazador apoyado en una de sus rodillas.

Pero así como una roca rechaza la ola para volver á ser cubierta á los pocos momentos por ella, cinco ó seis bandidos cayeron al instante sobre D. Iñigo, y, por un esfuerzo que le hubiese quebrado el brazo si su brazo no hubiese cedido, le arrancaron el puño de la espada y las seis pulgadas de hierro que conservaba todavía, en tanto que el hombre del cuchillo, abochornado de haber rodado así con el esfuerzo del anciano, volvió á él con el arma levantada y jurando por Dios que el último minuto del prisionero habia llegado.

Al rayo de luz que despidió la hoja del cuchillo, doña Flor lanzó un grito terrible y se precipitó á su padre.

Pero los bandidos contuvieron, el uno á doña Flor, y el otro la mano de su compañero.

—¡Vicente, Vicente! gritó el bandido que detenia la mano de su camarada con peligro de ver el cuchillo amenazador volverse contra él; ¿qué diablos vas á hacer?

—¡Matar á este perdido!

—Te engañas, no lo matarás.

—¿Cómo que no lo mataré? ¡Ah, por Santiago, eso es lo que vamos á ver!

—Te digo yo que no; vas á hacer un agujero en un saco de oro, y por ese agujero se marchará su rescate. ¡Vicente, tienes un detestable carácter, y siempre te lo he dicho! Déjame hablar con ese digno señor, y vas á ver cómo yo le hago entrar en razon.

El bandido á quien su camarada habia designado con el nombre de Vicente, comprendió sin duda la exactitud de estas palabras, porque se retiró gruñendo, pero al fin se retiró.

Cuando decimos que se retiró, quiere decir, no que salió del cuarto, sino que dió dos ó tres pasos atrás como hace la hiena herida, quedando en actitud para saltar de nuevo sobre su presa.

El bandido que se habia presentado como negociador, tomó el lugar de Vicente.

—Veamos, dijo, sed razonable, señor caballero: no se os alarán á la argolla de hierro; nos contentaremos con poneros en la cueva de los vinos generosos, cuya puerta es tan sólida como la de los calabozos de Granada, con un centinela detrás de esta puerta.

—¡Cómo, miserable! ¿Así es como pensais tratar á un hombre de mi rango?

—¡Padre mio, estaré con vos, padre mio, no me separaré de vos! esclamó doña Flor. Y por otra parte, dos ó tres dias se pasan pronto...

—¡Ah! hermosa niña, dijo uno de los bandidos; no podemos prometeros eso.

—¡Qué! ¿No podeis prometernos?

—Que quedeis con vuestro padre.

—¡Dios mio! ¿Qué quereis hacer de mí? esclamó la jóven.

—¿Qué queremos hacer de vos? replicó el negociador: ¡Ah! Nosotros no somos grandes señores para deciros eso. Las jóvenes de vuestra edad, de vuestra hermosura y de vuestra condicion, son el botin particular del jefe.

—¡Oh, Dios mio! murmuró doña Flor, en tanto que el anciano exhalaba un rugido de cólera.

—No os espanteis, dijo el bandido riendose, nuestro jefe es jóven, nuestro jefe es hermoso, nuestro jefe es, segun se asegura, hasta de buena familia. Así, suceda lo que suceda, podreis tener un consuelo, valiente caballero, y es que aunque seais noble como el rey, no por eso habrá una alianza desigual.

A estas solas palabras, doña Flor comprendió todo el horror de la suerte que podia estarle reservada; lanzó un suspiro, y por un movimiento tan rápido como el pensamiento, cogió de su liga un puñalito afilado como una aguja, y cuya hoja brilló al instante sobre su pecho.

Los bandidos vieron el movimiento, retrocedieron un paso, y doña Flor se volvió á encontrar de nuevo aislada de pie contra la pared, tranquila, pero resuelta, y semejante á la estátua de la Firmeza.

—Padre mio, preguntó, ¿qué me mandais?

Y los ojos de la casta doncella, al mismo tiempo que su voz, indicaban que á la primera palabra del anciano la hoja afilada iba á desaparecer toda entera en su corazon.

D. Iñigo no respondió; pero habiéndole devuelto esta situacion estrema por un momento sus fuerzas de jóven, separó con un movimiento violento é inesperado los dos ladrones que le abrumaban, y de un solo salto se encontró de pie, los brazos abiertos y esclamando:

—¡Aquí, hija mia, ven acá!

Doña Flor se lanzó al pecho de su padre, resbalándole el puñal entre sus manos, y diciéndole á media voz:

—Padre mio, padre mio, acordaos de aquel romano cuya historia me habeis contado, y que se llamaba Virginio.

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando un bandido que habia osado poner la mano en ella, rodaba á los pies de don Iñigo, herido en el corazon por aquel débil puñal, que mas bien parecia un juguete que una defensa.

En el mismo instante un inmenso grito de cólera resonó en la venta. Se abrieron diez navajas, saltaron de sus estuches diez puñales, salieron de sus vainas diez espadas, y amenazaron á la vez á los dos prisioneros. Estos, viendo que habia llegado el momento de morir, cambiaron el último abrazo, murmuraron la última oracion, y levantando juntos los brazos al cielo, gritaron unidos:

—Herid.

—¡Mueran, mueran! gritaron los bandidos precipitándose con las armas levantadas hácia él anciano y la jóven.

Mas de repente se oyó el ruido de los vidrios de una ventana rotos por un violento puñetazo. Un jóven, sin otra arma que un puñal vasco á la cintura, se lanzó ligeramente al cuarto, y con una voz evidentemente acostumbrada á mandar, preguntó:

—¡Hola, camaradas! ¿qué es lo que pasa aquí?

A esta voz, que sin embargo no pasaba de la entonacion ordinaria de la palabra humana, los gritos cesaron, las navajas se cerraron, los puñales y las espadas entraron en sus vainas, y todo el mundo se separó en silencio, dejando en medio de un gran círculo, enfrente del recien llegado, al padre y á la hija abrazados.

Ese jóven, cuya repentina llegada evidentemente tan inesperada por los que amenazaban como por los que eran amenazados, ese jóven, cuya repentina aparicion acababa de producir una reaccion tan estraordinaria, bien merece, por la manera con que entraba en escena y por el papel que está destinado á representar en el curso de esta historia, que suspendamos un instante la narracion de los acontecimientos en que viene á tomar parte, para hacer su retrato á la vista de nuestros lectores.

Era un jóven de veinte y siete á veinte y ocho años. Su traje de serrano andaluz ofrecia una estraordinaria elegancia.

© Biblioteca Nacional de España